

¿Buenas razones para quemar libros?*

Un estudio exploratorio sobre la quema de bibliotecas barriales en Francia

DENIS MERKLEN**

Durante las revueltas de noviembre de 2005 en Francia, además de automóviles y edificios públicos como escuelas y guarderías, en varios casos fueron quemadas bibliotecas barriales.¹ Un informe del ministerio de cultura listó entonces más de veinte bibliotecas incendiadas total o parcialmente durante ese movimiento de protesta popular, lista que nosotros mismos completamos a través de nuestra investigación hasta llegar a más de treinta bibliotecas quemadas. También observamos incendios (o tentativas de incendios de bibliotecas) durante las protestas ligadas a la elección de Nicolas Sarkozy, en mayo de 2007 y en otros casos de revueltas barriales como en la ciudad de Villiers-le-Bel en diciembre 2007, en Goussainville en 2007 y en 2008, en Evry en 2007 o en Brest en 2000 y nuevamente en julio de 2009. Sabemos ahora que esos ataques a las bibliotecas se producen desde que comenzaron las revueltas barriales en los suburbios de Lyon en 1979, tipo de protesta que se ha vuelto endémica en Francia. En general se trata de enfrentamientos con la policía que terminan en levantamientos populares (y juveniles) localizados, en algún barrio, con quemas de automóviles, comercios y edificios públicos. La literatura ha asociado estas “*émeutes de banlieue*” (motines de los suburbios) con dos fenómenos subyacentes: la crisis del modelo de integración francés como consecuencia del aumento del desempleo y de la precariedad por un lado, y las discriminaciones raciales de las que son víctima los descendientes de inmigrantes provenientes de antiguas colonias francesas (principalmente del Magreb y del Oeste africano).

Ahora, ¿por qué quemar las bibliotecas municipales cuando se protesta contra la violencia policial, contra las discriminaciones, contra la precariedad social, contra la falta de perspectivas de futuro? El objeto de este artículo es dar algunas claves de comprensión de este

* Este texto tiene como base la conferencia que pronuncié en el 53º congreso de la Asociación de bibliotecarios de Francia (Nantes, 8-18 de junio de 2007), traducido del francés por Emilia Schijman. Amplié, actualicé, corregí y completé ese texto para esta edición. Agradezco a Emilia Schijman por su excelente traducción, que sirvió de base al trabajo actual.

** Sociólogo, maître de conférences en la Universidad Paris 7 – Denis Diderot, e investigador en el Institut de recherche interdisciplinaire sur les enjeux sociaux-Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris.

¹ Sobre estos acontecimientos puede verse, Merklen, D.: «Palabras de piedra imágenes de fuego. Sobre los motines urbanos de noviembre de 2005 en Francia», *Apuntes de investigación* n° 11, septiembre de 2006, pp. 177-187.

fenómeno a primeras vistas irracional. Efectivamente resulta difícil de entender cuáles son las razones que llevan a los jóvenes de sectores populares a tomar como blanco de la protesta violenta esos dispositivos culturales, gratuitos, abiertos a todos, que representan verdaderos tesoros de capital cultural puestos allí por las municipalidades en el corazón de esos barrios relegados.

Para ello presentaré aquí algunos resultados de un trabajo de investigación que inicié hace casi tres años. Pero antes de entrar de lleno en tema son necesarias algunas precisiones de orden metodológico.² En primer lugar, la violencia expresada de manera excepcional durante esos episodios de revuelta debe ser situada en una economía de intercambios conflictivos y cotidianos, en dos registros paralelos. Por un lado, entre la institución y los vecinos de esos barrios. Por otro lado, entre los diferentes actores presentes en el barrio, dentro del universo popular (maestros y profesores, bibliotecarios, trabajadores sociales de todo pelaje, policías, políticos, militantes...). En otros términos, se trata de resituar un acontecimiento espectacular como es la quema intencional de una biblioteca, en un contexto de más larga duración y dentro de un marco conflictivo más “banal”, menos excepcional. En segundo lugar, es necesario aclarar que aquí no se trata de juzgar política o moralmente los hechos (de posicionarnos sobre si está bien o mal quemar las bibliotecas), sino de inscribir esa violencia en el marco de una racionalidad que nos permita aprehender las producciones de sentido que acompañan esos actos. Por último, es importante precisar que el trabajo que presentamos aquí contiene algunos elementos de una investigación en curso. Por ello, solicitamos al lector una cierta indulgencia. Somos conscientes de que estas notas no tienen la forma de un trabajo acabado, que las observaciones de campo que hemos realizado son fragmentarias, y que nuestras afirmaciones deben ser consideradas como hipótesis.

² Llevo a cabo una investigación junto a un pequeño equipo de sociólogos de la Universidad de París 7, principalmente junto a Anne Kupiec y Numa Murard, y a la cual se han integrado varios estudiantes: Charlotte Dessaux-Perrault, Pauline Beunardeau, Emilia Schijman, entre otros.

La mácula: *De la souillure*³

Souiller: *Ensuciar, corromper, infectar, contaminar.*

Ensuciar por el contacto de una cosa impura.

Contaminar, profanar. Macular

Souillure: *suciedad, mácula del infierno.*

Diccionario de la lengua francesa, *Le petit Robert*

(traducción mía)

En una “Nota relativa a las bibliotecas de la región parisina que han sido objeto de ataques violentos en noviembre de 2005”, la Dirección del libro y de la lectura del Ministerio de cultura y educación daba cuenta de una lista de bibliotecas que habían sido blanco de la protesta. En cada caso brindaba una breve descripción como las que reproducimos aquí:

Departamento de Yvelines, ciudad Les Clayes-sous-Bois (18000 habitantes): el edificio, de 550 metros cuadrados aproximadamente, fue construido en los años '80. En la madrugada del domingo 6 al lunes 7 de noviembre, recibió un coctel Molotov que provocó un principio de incendio. Fueron quemados: un carro para trasladar libros, un estante y algunos libros. La totalidad de los documentos restantes, 40.000 obras aproximadamente, fueron *maculados* (“*ont été souillés*”) con hollín y cenizas.

Departamento de Essonne, ciudad de Vigneux-sur-seine (26000 habitantes): El local de 900 metros cuadrados, inaugurado en 1989, se encuentra dentro de un edificio público contra el cual fue lanzado, en la madrugada del 5 al 6 de noviembre, un coctel Molotov que quemó algunos libros de historietas. Varios estantes de comics y algunas mesas se incendiaron parcialmente. La totalidad de los documentos restantes, 45.000 obras aproximadamente, fueron *maculados* (“*ont été souillés*”) con hollín y cenizas.

Departamento de Seine Saint Denis, ciudad de La Courneuve (36.000 habitantes): La biblioteca “Casa de la Infancia” de 100 metros cuadrados aproximadamente, que data de 1970 está situada en el barrio de *Las Cuatro rutas*. El edificio fue quemado en la madrugada del 4 al 5 de noviembre, provocando la destrucción de tres computadoras, el banco de préstamo y un número importante de libros (entre 7.000 y 8.000), es decir, un cuarto de la colección, destinada en su mayoría a jóvenes. La totalidad de los documentos restantes, 22.000 obras aproximadamente, fueron *maculados* (“*ont été souillés*”) con hollín y cenizas.

³ Retomo voluntariamente el título de la obra de Mary Douglas *De la souillure* (2001, versión francesa del libro *Purity and Danger*). Como se recordará, Douglas observa un elemento constante de los grupos humanos que consiste en utilizar la separación entre lo que es definido como limpio y lo que es definido como sucio, entre “pureza” y “peligro” para trazar las fronteras sociales que sirven para marcar el límite exterior de un grupo y a establecer las divisiones hacia adentro del mismo. El carácter religioso de la separación entre lo puro y lo impuro es un elemento esencial que queremos retener aquí para la comprensión del fenómeno que nos ocupa.

Ciudad de Saint-Denis (86.000 habitantes): La mediateca «Gulliver», de 630 metros cuadrados, está situada en el barrio Floreal desde junio de 2004. Hace seis meses aproximadamente, rompieron todos los vidrios de la sala de préstamo y robaron las seis computadoras que había. A fines de octubre de 2005, robaron nuevamente las seis computadoras que se habían comprado en remplazo a las anteriores y aproximadamente 80 discos compactos. Desde entonces, se contrató un servicio de vigilancia. En la madrugada del 5 al 6 de noviembre, fue lanzado un coctel Molotov sobre los equipos. El guardia apagó rápidamente el fuego.

El informe continúa con la descripción de varios casos en diferentes suburbios. Nos llamó la atención que en la casi totalidad de los casos de los casos se utilizara el término “*souillure*” (mácula) para referirse a los efectos que dejaban en los libros esos ataques. Debo decir, para el lector argentino, que el término “*souillure*” o el verbo “*souiller*” son de uso más frecuentes en el francés contemporáneo de lo que “mácula” o “macular” lo son en nuestro español. Sin embargo, el hecho es significativo, sobre todo que luego encontramos esa referencia a lo sagrado en distintos momentos de nuestro trabajo de campo. Así se refieren con frecuencia a los efectos del fuego bibliotecarios, trabajadores sociales, periodistas y autoridades.

Estos relatos sobre acontecimientos en los cuales las bibliotecas son tomadas como blanco constituyen nuestro punto de partida. Las protestas de noviembre 2005 evidenciaron que los conflictos subyacentes tienen un carácter nacional. Nosotros decidimos explorar a nivel local esos conflictos porque es la única manera de llevar a cabo una observación de campo sistemática. La configuración local de los barrios populares está atravesada por dimensiones nacionales de la vida social. Una de las características de la conflictividad social contemporánea es su fuerte “localización”, pero esta localización debe ser considerada como una manifestación de dinámicas societales sobre un territorio. Aquí, basaremos nuestro análisis en la descripción de uno de los casos citados más arriba, el de la mediateca Gulliver, en Saint-Denis, en el suburbio norte de París. Esas descripciones deben ser comprendidas en su carácter ejemplar, y no consideradas como un caso singular y menos todavía aislado. Sabemos que lo que ocurre hoy en Francia no simplemente ocurre en esos suburbios.

La biblioteca como proyecto

La mediateca Gulliver fue inaugurada en junio de 2004 en el marco de un proyecto de transformación de uno de esos “barrios impopulares” (Madec, 2002) que en Francia tenemos la costumbre de llamar “*banlieues*” (suburbios) o “*cités*”. Es un edificio nuevo, muy lindo, lleno de colores. Cuando uno se encuentra en el interior del mismo, lo percibe como muy abierto, con fácil comunicación con las torres del barrio. Cuando miramos la biblioteca desde afuera, se observa una obra construida sobre un juego de volúmenes, pintados de azul, amarillo y rojo. Ahí es cuando uno se da cuenta del contraste con respecto a los monoblocks grises, rectilíneos y uniformes de la *cité*. Entonces una pregunta se impone: ¿cómo mirar el barrio? Es invisible. Cuando vemos esos monoblocks y sus habitantes, vemos ya una “*cité*”, un barrio estereotipado. En cambio, la biblioteca se distingue inmediatamente del contexto. Está allí y uno tiene la impresión de que el gigante Gulliver instaló ese objeto magnífico, casi brillante que es la biblioteca en medio de esa fantasmagoría que son las “*cités*” y con las cuales la sociedad francesa piensa esos barrios de monoblocks que desde los suburbios sacuden frecuentemente la “opinión pública”.

Se inscribieron en Gulliver 1.350 lectores en 2006 (de los cuales la mitad eran mayores de 14 años), en un barrio que cuenta con 7.000 habitantes (de los cuales un tercio es menor de 20 años). Luego de algunos meses de investigación, el trabajo realizado por los bibliotecarios en el barrio parece irreprochable, y obedece a una política municipal de lectura pública que parece también impecable.⁴ Aunque una extensión de la apertura es prevista, los horarios son amplios. El acceso a todos los soportes es gratuito: libro, CD, DVD, revistas. No hay ni guardia ni cámara de video que vigile. Se apuesta a la confianza. Más de 50.000 préstamos en 2006. El equipo de bibliotecarias realiza un esfuerzo constante a fin de que la biblioteca trascienda sus muros. Este trabajo se realiza junto con las otras instituciones presentes en el barrio, escuelas y colegios, pero también la radio, las asociaciones y la “casa del barrio”. Doscientas nueve clases de escolares y colegiales fueron recibidas en 2006, lo cual representa la visita de 3.600 niños y adolescentes aproximadamente. Cuando el tiempo lo permite, se organizan lecturas al aire libre en los espacios verdes del barrio. Luego, en invierno y en verano, cuando llueve y baja el sol, los bibliotecarios llevan a cabo un trabajo cotidiano de acercamiento con esos jóvenes del barrio que dominan la calle, que “sostienen los muros”, como se dice en los barrios para

4 La ciudad de Saint-Denis, donde se encuentra nuestro barrio, es una histórica zona obrera con municipalidad comunista desde 1936. Los municipios comunistas han desarrollado desde siempre una importante política de bibliotecas barriales. Desde hace 20 años los municipios de derecha han también llevado a cabo una importante acción en ese sentido.

significar que están todo el día ahí, aparentemente sin hacer nada, apoyados contra las paredes de los edificios y que por lo general no van a las bibliotecas. Dentro de la biblioteca también se lleva a cabo un trabajo de mediación social, un acompañamiento activo del lector. La tarea consiste en ir a su encuentro, ayudarlos, fomentar el diálogo, orientarlos en las secciones y estantes; mediar la relación entre el libro y el lector, hacer de la biblioteca un espacio distendido y acogedor.

Es en ese contexto que se producen los ataques repetidos a esta misma mediateca barrial. Es una verdadera paradoja. La biblioteca Gulliver fue blanco de agresiones en varias ocasiones. Robos de computadoras y de colecciones de CD de rap, incendios, ventanales apedreados, grafitis, desorden en la sala de lectura, amenazas, persecución del personal en la calle... ¿Cómo comprender esos actos? ¿Qué es lo que se ataca? ¿Una institución pública? ¿Un lindo edificio? ¿Una biblioteca? ¿Y qué es una biblioteca? ¿La biblioteca Gulliver, única en su contexto local? Supongamos que el blanco es una biblioteca. Pero, ¿qué es una biblioteca para ellos, los autores de dichos ataques? Para “ellos”, es decir, ¿otros, distintos de “nosotros”? El primer paso para comprender esas acciones es tomar conciencia de que “nosotros”, bibliotecarios y sociólogos, constituimos un grupo particular junto con periodistas, docentes y otros intelectuales. Ganamos nuestra vida y afirmamos nuestra posición social en el mercado del libro. El libro es un objeto del individuo, es individualista. Pero también es un objeto social, y lo que ya podemos ver es que contribuye a trazar fronteras entre grupos y categorías. De esta manera, el libro es naturalmente un objeto de luchas. Las bibliotecas contienen objetos de luchas sociales en sus estantes y secciones. De allí que, para nosotros, el libro contenga una cierta sacralidad. ¿Será por ello que el verbo “*souiller*” (macular, ensuciar, manchar, contaminar) es tan frecuentemente empleado para describir lo que ocurre cuando se quema o se ataca a las bibliotecas barriales?

El barrio como objeto de transformación social

La primera vez que fui a la biblioteca Gulliver, fui acompañado por la directora de las bibliotecas de Saint-Denis. Durante una larga entrevista realizada antes de dicha visita, habíamos conversado mucho sobre las bibliotecas municipales y los ataques frecuentes contra las bibliotecas barriales. Me explicó entonces que la biblioteca

Gulliver era parte de un importante proyecto de renovación urbana emprendido por la municipalidad de Saint-Denis en tres barrios que constituyen uno de los puntos más conflictivos de la ciudad, tres barrios que viven juntos y separados a la vez, y que la mediateca está situada en la intersección de dichos barrios: La Saussaie, Floréal y Courtille (“SFC” en la jerga local). Así, la biblioteca se me aparece por primera vez como un proyecto de comunión, como un intento de promoción de la vida colectiva. ¿A eso se oponen los incendiarios? Nada es menos seguro.

Lo que percibo en cambio como una primera pista a explorar es considerar los ataques contra las bibliotecas como actos de oposición a un proyecto de transformación del barrio emprendido por el Estado a través de la acción municipal (la renovación urbana). ¿Por qué los jóvenes de SFC amenazan con quemar una biblioteca municipal de Saint-Denis (de tendencia comunista) si Nicolás Sarkozy gana las elecciones presidenciales? “*Si Sarko passe on vous brûle la biblithèque*”, amenazaron a una de las bibliotecarias una noche entre los dos turnos de la elección presidencial de mayo de 2007 en los preparativos de lo que serían nuevos motines con motivo de la elección de quien los había calificado de “escoria”.

La biblioteca, el libro, la palabra escrita, no son indiferentes a la mirada de los habitantes del barrio. Para algunos, la biblioteca es seguramente indiferente, pero hay muchos que la aprecian, como hay también habitantes que van a llegar al punto de intentar quemarla. Esa simple constatación, impuesta por el objeto de nuestra investigación, conduce rápidamente a considerar con precaución los resultados de trabajos empíricos que aseguran que los jóvenes serían “indiferentes a la cultura legítima” (Lahire, 2004; Pasquier, 2005). Lo que nosotros observamos, son conflictos sociales que se despliegan con violencia, y no podemos ver allí otra cosa que la recurrencia de un tema clásico en la historia de las clases populares, la relación de las clases populares con la cultura escrita y con la escuela. A esta dimensión se suma el hecho de que los gobiernos municipales se sirven de las bibliotecas para mejorar la vida barrial y con ello transformar la situación de las clases populares. En este marco, necesitamos una lectura “política” de esas violencias que permita inscribir esos actos en un contexto de conflicto.

Porque las bibliotecas forman parte de proyectos de transformación social desde el Estado, debemos poner en evidencia la carga política

de una biblioteca, así como es igualmente necesario tomar en consideración el contenido político de la violencia social. De lo contrario, no podríamos salir de la oposición que estructura una mirada anterior a la antropología (civilización y barbarie), oposición que nos llevaría a adoptar el punto de vista de la civilización y a tomar partido por ella, dejando solos a los otros, los de las clases populares, del lado de la barbarie. Lo puro de este lado de la frontera, el peligro y “la *souillure*” del otro. El tema es delicado pero se encuentra en el centro de la cuestión. ¿Quién puede poner en cuestión la voluntad de un municipio de abrir bibliotecas gratuitas y libres en los barrios populares? ¿Cómo puede sospecharse una intencionalidad política detrás de tal proyecto? Son las obvias respuestas a estas preguntas las que impiden comprender el carácter violento de estos conflictos que intentamos observar en los suburbios franceses de hoy.

En un libro notable, Anne Kupiec y Anne-Marie Bertrand (1997) llaman la atención sobre el hecho de que la construcción de bibliotecas barriales se inscribe, en la mayoría de los casos, en el marco de proyectos de renovación urbana emprendidos por el poder local. Es justamente el caso de la biblioteca Gulliver, que no escapa a la regla. Ahora bien, hay que considerar ese proyecto urbano como un verdadero proyecto de transformación social en el cual se inscribe la política de la biblioteca. Su acción participa de una voluntad política de transformación de un clivaje social a través de la acción urbana.⁵ Además, dicha voluntad de transformación, que comienza para el caso que nos concierne con una importante acción de demolición de buena parte del barrio, permite observar la inscripción local de un modelo de acción de alcance nacional.⁶

La municipalidad y los organismos encargados de la gestión de las viviendas sociales (“ellos” en el discurso de los habitantes) deciden en 1998 emprender la transformación de Saussaie-Floréal-Courtille y de su reputación. Analizando los documentos de la época y los discursos de los actores municipales, ese proyecto de transformación social se realiza con un método que integra dos dimensiones. Por un lado, podríamos calificar la primera como una dimensión “ecológica” que consiste en modificar el entorno urbano (el medio ambiente) para transformar la conducta de las personas que lo habitan. Transformación de algunas calles para que la circulación se vuelva más fluida y para que la zona se vea mejor comunicada, demolición de dos torres y de una explanada (lo que significó la destrucción del 30% de las 609 viviendas del barrio La Saussaie). El espacio que se

5 A partir de 1982, en respuesta a las primeras revueltas barriales (ocurridas en Vaux-en-Vellin en 1979), el Estado francés puso en marcha un importantísimo dispositivo de acción social a través de políticas urbanas conocido como “*politique de la ville*” (política de la ciudad) que buscó y sigue buscando dar respuesta por esta vía a la “nueva cuestión social”.

6 En dos de sus trabajos –que constituyen ya un clásico– Anne-Marie Bertrand destaca la fuerza con la que las autoridades locales se apropiaron, sobre todo con las leyes de descentralización, de las bibliotecas barriales como instrumento para la acción política local, y especialmente como vector cultural de la acción social. Cf. A-M. Bertrand, 2001 y 2004.

busca renovar es percibido como un reducto del vicio, del tráfico, como un lugar de mala vida y de miseria, cuya presencia descalifica la ciudad, los habitantes y el barrio. El sitio se piensa en aquellos años como un verdadero “polo negativo” (Gérard Althabe 1993). En su lugar se construirá una “pradera”, un espacio verde diseñado como un jardín público, abierto, con bancos, paseos y algunas parrillas. Por otro lado observamos una segunda dimensión del proyecto, desarrollada con igual energía que la ecológica de demolición y reconstrucción, que consiste en un trabajo social muy intenso, con una presencia institucional que busca crear un entramado denso en el espacio del barrio. Ese trabajo se presenta como una “intervención”, y los trabajadores sociales que participan se piensan y refieren los unos a los otros como “interventores” (*intervenants*). Estos se reúnen una vez por mes en un “colectivo de profesionales” donde se concierta la acción de las treinta instituciones presentes en ese territorio: la biblioteca, las escuelas, la guardería, el jardín de infantes, la “casa del barrio”, la ludoteca, la “casa de la juventud”, la compañía de transporte, la policía, la municipalidad... El barrio cuenta con una institución cada doscientos habitantes. En ese mismo terreno se inscribe la acción de la mediateca Gulliver, como una transformación arquitectónica del entorno y como una acción social a través de la cultura. “La biblioteca fue construida sobre un viejo estacionamiento donde se quemaban las carrocerías de los autos robados el día anterior”, nos dice un responsable municipal.

Este proyecto complace a muchos de los habitantes del barrio. Sin embargo, las demoliciones representaron una agresión para muchos otros que expresan su descontento, su pena, o su oposición. Estos sienten sobre todo la desaparición de un lugar de vida y de un lugar de memoria. Así, el blog “93200 Saussaie-Floréal-Courtille” está lleno de fotos que muestran las palas mecánicas en acción, las torres derrumbándose. Y muchos reaccionan frente a esas imágenes. Comentando una vieja foto en negro y blanco en la que se ve un grupo de jóvenes reunidos delante de una de las torres destruidas un joven dice “sí, había una onda mortal en ese porche”; y otro reacciona, “se los ve justo en frente de torre, te da bronca, dan ganas de volver atrás”. Junto a otra foto que muestra el conjunto de lo que fue destruido se lee el siguiente comentario: “¡Gracias por estas fotos! Eso era el corazón del barrio, los edificios y la gente se fueron, pero los recuerdos quedan”. Y otro, frente a la misma foto, “yo vivía justo ahí, dan ganas de llorar, ¡qué rabia!”. Y siempre en el mismo blog: “Ahí estaba mi casa, en el primer piso de la izquierda. Podría hablar-

les durante horas, vivimos de todo ahí adentro, el bien y el mal. Gracias Hamid por tu blog que nos hace ir lejos hacia atrás”. Junto a la foto de una topadora en tren de destruir un edificio se lee: “¡Qué hijos de puta, era mi edificio, tengo demasiada bronca! Vivimos un delirio ahí adentro, tengo unas ganas de llorar...”. Y así siguen páginas y páginas de fotos de las demoliciones con reacciones de jóvenes del barrio que muestran esencialmente tres cosas. En primer lugar que esos edificios no eran para ellos un simple “nido de ratas” (la expresión es de una empleada municipal) sino un lugar importante de la vida del barrio. En segundo lugar que frente a las demoliciones los sentimientos mezclan rabia, recuerdos contrastados y melancolía. En tercer lugar que la expresión escrita no es ajena a las clases populares, simplemente el lenguaje empleado no responde a las reglas de la lengua francesa tal como se la enseña en la escuela sino al de otro tipo de lenguaje.⁷

7 A modo de ejemplo, he aquí la transcripción textual de uno de los comentarios que traducimos: «*puuutin c t mon bat g troooo la rage il été tro mortel on c tapé vla lé délir ds la terrass du bat 4 sa me done tro envi de pleurer mé on en garde vla lé souvenir é en + il é zon détrui pr rien ison mi un vieu truc a la place*». Imposible reproducir en la traducción castellana la distancia entre ese francés popular y la lengua formal.

Luego, se enuncia otro discurso recurrente, presente en la casi totalidad de las entrevistas y de los puntos de vista recogidos: “La biblioteca Gulliver no fue bien recibida” en el barrio. “Ahora está mejor” asegura la mayoría de los profesionales, aunque parece difícil de creer si tomamos en cuenta los ataques violentos. Ciertos celos frente a los bibliotecarios aparecen en el discurso de los otros profesionales y trabajadores sociales: “ellos (los bibliotecarios) toman a la biblioteca como un lugar de alta cultura”. Animadores, mediadores y trabajadores sociales sienten una competencia fuerte frente a su acción. Desde la instalación de la biblioteca, fueron desposeídos de aquellas acciones culturales que integraban su trabajo, por ejemplo la lectura pública. Y la figura de profesionales del libro es percibida como una presencia intelectual que juzga, por su sola presencia, el trabajo de los otros. La llegada de profesionales de la cultura al barrio fue vivida como un empobrecimiento de la acción de aquellos otros actores que se vieron así privados de capital intelectual. Como si no les quedara a ellos otra cosa que el trabajo puramente social, es decir, las tareas menos valoradas.

La frontera entre las clases medias y las clases populares trazada por el control de la cultura escrita divide también a los trabajadores sociales en clases. Y los bibliotecarios están situados en la porción superior de una división que impone un costo de violencia simbólica considerable, ya que solamente puede ser expresada de manera sutil, casi irónicamente. Así, se reprocha a los bibliotecarios no haber querido contratar a “jóvenes del barrio, lo que habría facilitado las

cosas”. “Disculpe, responden del otro lado, pero “bibliotecario” es una profesión, no alcanza con vivir en el barrio para poder ejercerla”. Acusación y respuesta curiosas ya que otros “jóvenes de barrio” (pero de otros “barrios”) forman parte del equipo de la mediateca.

Conflictos en un territorio constituido por una superposición de barrios

El contexto conflictivo de las bibliotecas barriales es complejo. Desde el punto de vista de la biblioteca, la situación de los barrios puede ser representada a partir de un doble clivaje. Quienes viven en el barrio se clasifican a partir de la percepción que unos y otros tienen del barrio y del exterior. Para algunos vecinos, el exterior del barrio es percibido como una amenaza, un peligro o un riesgo. El exterior aparece bajo la imagen de la ciudad lejana, cara o difícil; de un mercado de trabajo cerrado, excluyente o incierto; de una policía racista; de una cultura de la discriminación; de un sistema escolar injusto, cerrado o inaccesible. Para otros, ese mismo exterior representa una forma de salvación, de protección, donde cultura, empleo, formación, ciudad e instituciones, los mismos objetos de la vida social, tienen para ellos valores positivos. El barrio en sí mismo está así atravesado por dos oposiciones fundamentales. En primer lugar está la oposición entre los que viven en el barrio y los que viven del barrio. Viven del barrio todos los profesionales de las treinta instituciones (y ni uno sólo vive allí), pero viven del barrio también los habitantes que invierten en el control del espacio público y los diferentes tipos de tráfico.⁸ Esos tres grupos (vecinos que se ganan la vida afuera, vecinos que controlan el barrio y agentes exteriores) se disputan el control de las instituciones, del espacio público y del territorio.

⁸ Para una visión economicista de los *tráficos* en los barrios, ver Nasser Tafferant: *Le business, une économie souterraine*, Paris, PUF, 2007.

Luego, hay una segunda oposición fundamental, que concierne únicamente a los habitantes del barrio, enfrentándolos entre sí. De un lado del espacio del barrio están aquellos para quienes “salvarse” (*s'en sortir*) es irse del barrio (*sortir du quartier*). Son por ejemplo los padres que experimentan la *cit * como un riesgo para sus hijos, o aquellos para los que la dirección postal “SFC” constituye un estigma. Del otro lado, encontramos aquellos que hacen su vida en el barrio y que lo aprecian, aquellos para quienes por ejemplo “SFC” constituye “la *cit * más grande” de los suburbios, aquellos que saben que ningún otro destino los espera afuera y que es allí donde deben vivir sus vidas.

Si queremos comprender lo que los incendiarios atacan cuando lanzan un coctel Molotov, no es inútil preguntarse cómo interviene la acción de una biblioteca en este universo conflictivo. ¿En qué sentido la política de la biblioteca actúa en el barrio? ¿A favor de quién y de qué? ¿En contra de quién y de qué? ¿A favor de aquellos que quieren “zafar” y dejar el barrio o de aquellos que quieren quedarse y que se afirman en su pertenencia social? ¿Cómo es percibida la biblioteca, como parte integrante del barrio o, al contrario, como una intervención que proviene del exterior? ¿Y los bibliotecarios? ¿Tienen que entrar y salir del barrio con precaución o se sienten y son tratados como en su casa? ¿La biblioteca logra disociar el lazo entre el sentido figurado y el sentido físico de la palabra “*sortir*” y “*s’en sortir*” “salir del barrio” y “salvarse”? ¿O, al contrario, su acción busca ofrecer a algunos (a los que quieren y pueden) una “posibilidad de partir” reforzando la asociación *dejar el barrio = salvarse* (“*sortir du quartier = s’en sortir dans la vie*)?”

El lugar que el libro y la palabra escrita ocupan en la sociedad hace de la biblioteca en sí el objeto de un importante conflicto social. Observamos cómo se dan, en el interior del espacio del barrio, conflictos importantes que oponen a diferentes sectores de las clases populares. La escuela y su control sobre la palabra escrita, con la cual la biblioteca se alía, se presentan para muchos como una vía de integración social, de éxito personal e incluso como un medio para la reflexividad, de profundización de la relación consigo mismo, o como una vía de acceso a la *cit * –la de los ciudadanos esta vez (Petit, 1997).– Pero una parte de la población de los barrios ve en esas mismas instituciones un sistema de exclusión y de diferenciación social. Ellas definen las reglas de un juego en el cual muchos han perdido, otros se ven perdidos, desorientados o con pocas posibilidades de encontrarse. Porque, como consagración de la palabra escrita, el libro materializa una frontera social de naturaleza simbólica. No puedo ser indiferente al libro en tanto que individuo y, al mismo tiempo, saber que es un objeto “preciado” para mis enemigos sociales, para aquellos que me sacan ventaja o me hunden. En Francia, por el hecho de que el liberalismo no ha logrado fortalecer tanto el mercado como en otros países, la competencia social continúa encontrando un fuerte vector en la escuela.

Sobre la base de esta oposición, se observa una mutación de las culturas populares en la cual se reconfigura parcialmente un viejo clivaje. Una cultura popular de tipo hip-hop, ligada al rap, a un determina-

do estilo de vestimenta, identifica a una parte de la juventud. Evidentemente, esta cultura no es ajena a la cultura escrita, como acabamos de verlo en la transcripción de los fragmentos del blog SFC. Pero dicha cultura produce una escritura que responde a las exigencias del lenguaje oral y de los medios de comunicación que domina el grupo (blog, teléfono celular, correo electrónico, canción – el rap podría entrar en el género de la “chanson à texte” y de lo “populaire savant”–.⁹ Dentro del mismo movimiento social que le sirve de soporte, esta cultura popular se encuentra con frecuencia en oposición a las exigencias de la lengua escrita oficial, institucional, de los libros y de la escuela. Esta última responde a otras exigencias, las de otro grupo, y aparece como una lengua extranjera a muchos habitantes de los barrios. El segmento de la cultura popular que emerge por fuera de las instituciones es una cultura de la calle, y que ha roto con la tradición popular ligada al libro tal como fue laboriosamente trabajada por la tradición católica y de izquierda. En el pasado, militantes católicos, comunistas y socialistas, sindicalistas y curas, maestros, artistas e intelectuales, se dirigieron a las clases populares proponiéndoles un “mercado” donde poder hablar de lo que uno había leído, representaba un recurso significativo para la sociabilidad, un capital cultural que podía convertirse inmediatamente en capital social (Bourdieu, 1993). En efecto, hay que recordar que si aquella oposición entre clases populares y cultura letrada pudo ser superada por un tiempo, fue gracias a un trabajo político importante. En cambio, la situación actual remite a la vieja oposición entre lo culto y lo popular. Una de las cosas que se observa inmediatamente es el impacto de la profesionalización del rol del bibliotecario en las bibliotecas que llamábamos antaño “bibliotecas populares” y que hoy nombramos “bibliotecas barriales” o, según su designación oficial, “bibliotecas municipales”. Ya no son militantes y voluntarios que definen, como antes, los objetivos de la lectura pública. La profesionalización cambia la política de la biblioteca que busca alianzas con la escuela y con los maestros, alianzas que encontraba antaño con los partidos políticos y los militantes. La acción de la biblioteca se institucionaliza y ya no busca definir su programa a través de la producción de una cultura popular, sino bajo la forma de un “trabajo de producción del otro” (aquello que François Dubet llama *travail sur autrui* - Dubet, 2002).

⁹ En francés “chanson à texte” es un tipo de canción que privilegia la importancia de la letra. Con “popular *savant*” (popular culto) el autor se refiere no sin cierta ironía a esos géneros musicales y literarios particularmentepreciados por la izquierda. Hay un juego de palabras con el título de la obra de C. Grignon et J.C. Passeron “Lo culto y lo popular” (*Le savant et le populaire*).
N del T

Hoy en día, el libro y la calle se oponen casi punto por punto. Hay una estrecha relación entre el valor de la palabra escrita y ciertas exigencias corporales, un dominio de sí como un dominio del cuerpo. De un lado la concentración silenciosa sobre la página, del otro lado el andar cadenciado y el hablar fuerte. El libro y la calle exigen, cada uno, una corporeidad específica, con frecuencia incompatibles una frente a la otra. Dirigirse a uno significa abandonar el otro, porque esos universos culturales implican grupos sociales distintos y, a menudo, en conflicto. En un estudio reciente sobre las “lecturas precarias”, Véronique Le Goaziou (2006) muestra cómo la exigencia de soledad, de quietud, de silencio y de concentración que impone el libro, figuran entre los principales elementos de retirada o de oposición a la lectura, y yo agregaría, al libro y a la escuela.

Una frontera social se instala rápidamente, no sólo porque una parte de la población no está más en contacto con un mercado donde podría valorizar dichas lecturas, sino también porque los dos campos en conflicto sienten como amenazantes las conductas del otro y, en consecuencia, las combaten con tenacidad. Quienes se encuentran excluidos de la escuela y del empleo se sienten amenazados por aquellos otros cuyo poder descansa en el dominio de lo escrito. Autores, lectores, buenos alumnos y sus padres, todos se sienten amenazados por aquellos que hacen ruido y se agitan cuando escuchan música, bailan o caminan por la calle con una cadencia que permite reconocerlos en el espacio público como miembros de aquel grupo y no del nuestro.

Sentidos, significados y memorias

Con frecuencia voy al barrio desde París. Tomo el subte hasta la estación Saint-Denis-Basilique y luego tomo el colectivo 153 que me lleva al barrio. Saliendo del subte, en el centro de la ciudad de Saint-Denis, hay un mercado en la plaza, al lado de la municipalidad, dos veces por semana. Es un mercado de pobres. Comerciantes modestos venden a clientes pobres. Zapatos a 3 euros el par, ropa para chicos por 5 euros (piyamas y joggings), un short para hombre a 8 euros, un conjunto de lino firmado por Sergio Tacchini a 20 euros. Hay de todo. Pilas, cassettes y DVD, herramientas, cables, alargues y enchufes. Hay muchas telas, generalmente de origen árabe o africano. Todo es barato. Doy una vuelta saliendo del subte, tomo un expreso en el café del Hotel Jaurès, y subo a mi 153 rumbo al barrio.

Las primeras veces, dos cosas me llamaron particularmente la atención, sin conexión aparente entre ellas.

En primer lugar, fue la historia lo que me fascinó. La densidad de las historias contenidas allí, presentes en el recorrido del colectivo. El 153 pasa al lado de la catedral medieval de Saint-Denis y de sus tumbas reales profanadas por los revolucionarios;¹⁰ luego, circunda la municipalidad comunista, para cerca de la universidad Paris8 (ex-Vincennes), pasa delante de las oficinas del diario L'Humanité construido por Oscar Niemeyer (no vi nunca a nadie bajarse del colectivo para dirigirse al diario). Luego, antes de llegar al barrio, el colectivo atraviesa la avenida Lenin y continúa a lo largo del parque de La Courneuve –que significa para mí el parque de la “fiesta de L'Huma”–. En el colectivo, pienso en la entrevista que tuve unos días antes con la directora de las bibliotecas en la cual, entre otras muchas cosas, supe que la biblioteca municipal tenía un archivo histórico importante constituido, entre otros, por fondos sobre la historia obrera y colecciones de la abadía de Saint-Denis, confiscadas en el momento de la revolución. ¡Qué carga simbólica inmensa contienen esos kilómetros cuadrados para un intelectual como yo! Me encuentro agitado y me pregunto: ¿cómo podría ayudarme la movilización de los sentidos allí condensados a comprender lo que pasa hoy en el interior de las clases populares? No olvido que esos “lugares de memoria” fueron muy trabajados por historiadores que leí y de cuyo punto de vista me resultará difícil escapar. No puedo recordar yo mismo, porque no lo viví, ni mis antepasados. No podré sino leer esa memoria. Tendré una relación con ese pasado siempre mediatizada por la lectura. Y no puedo olvidar que es en los documentos escritos donde encuentro dichas memorias, esos sentidos institucionalizados, politizados (por la escritura).

En segundo lugar, me sorprendió la compañía, la gente en ese colectivo que lleva al barrio. La mayor parte de las veces, yo era el único individuo “blanco” en el colectivo. Excepto, algunas veces, el conductor o los dos estudiantes que me acompañaban a hacer “trabajo de campo”. Si no, son mayoritariamente mujeres, madres de familia probablemente, muchas con sus changuitos o bolsas o cochecitos. Hay algunos hombres, la mayoría son jóvenes. Es un público bastante homogéneo, al menos si lo miramos desde el punto de vista de la raza y de la clase. Una vez estaba con un amigo, un etnólogo argentino que venía a ayudarme, a observar conmigo. Subimos al colectivo e inmediatamente se impresionó: “no podés no tomar en cuen-

10 La Basílica de Saint-Denis contiene las tumbas de todos los reyes de Francia, con sus respectivos monumentos mortuorios, hasta la Revolución Francesa.

ta el tema de la inmigración. Es increíble, no hay ni un solo francés”. Creo que masticaba su frase desde la estación del Norte, donde habíamos tomado el RER B. Como todo el mundo, bajamos en una de las paradas del barrio y caminamos en silencio por las calles vacías del invierno. Pensaba que sus observaciones eran acertadas, pero sabía también que las cosas eran complejas. En primer lugar porque entre esos negros y árabes hay muchos que son de nacionalidad francesa, lo cual no significa que se sientan franceses ni que sean tratados como franceses; y en segundo lugar, porque buena parte de los habitantes del barrio (la mayoría) son blancos. Pero estos son menos visibles en el espacio público y es más difícil identificarlos ya que usan sus autos para salir del barrio. Llegamos siempre a los barrios con imágenes que queremos confirmar. El colectivo es una condensación de estas.

Entonces, intento relacionar las dos cosas que me llamaron la atención: los recuerdos que despiertan esos lugares y los habitantes que entran al barrio en colectivo desde el mercado. ¿Qué tienen en común su experiencia y la mía? ¿En qué medida esas condensaciones de sentidos que me “fascinan” participan de su memoria? Mi socialización como lector me liga a esos recuerdos de una manera singular, que se distingue notablemente de la de los pasajeros del colectivo. Hay allí una fragmentación que puede ayudarnos a comprender la situación de los bibliotecarios y de las bibliotecas en los barrios. ¿De quién están socialmente más cerca los bibliotecarios? ¿Están más cerca de mí, sociólogo que vive y trabaja en París, o de los habitantes que deberían ir a leer a sus locales? Pero la fragmentación no es solamente aquella existente entre la clase media y la clase popular. También hay divisiones en la producción de sentido dentro de las clases populares. En su seno, hay individuos que pueden activar aquellas memorias que yo evoco. Pero hay quienes no pueden hacerlo, o quienes se ven violentados por dichos recuerdos. Una de las primeras veces que fui al barrio, encontré cerca de la biblioteca un panfleto distribuido por la municipalidad publicitando una exposición cuyo título era “Saint-Denis popular, 1936-2006”. El folleto había sido armado con textos e imágenes de la época del Frente Popular. Ninguna imagen hablaba del presente. Seguramente sus diseñadores piensan que esos recuerdos todavía dicen mucho a las clases populares de hoy. O tal vez, si no es el caso, hace falta una acción pedagógica que favorezca el lazo entre 1936 y 2006. Entrando a la biblioteca del barrio, me di cuenta de que ese panfleto había salido de su local, que la biblioteca era la correa de transmisión del

mensaje, y entendí que había una estrecha relación entre esas memorias y los segmentos de población superpuestos en un mismo espacio que me intrigaban, y los libros de las bibliotecas. ¿Qué memorias vehiculizan los libros? Es una pregunta importante en Francia, un país que tiene una de las densidades historiográficas más importantes del mundo.

Ya nos referimos al clivaje socio-cultural que la palabra escrita activa en la coyuntura actual. Para entender la relación entre la violencia y las bibliotecas barriales, nos proponemos tomar como mensajes las piedras y los cocteles lanzados contra las primeras. Los libros no son los únicos objetos que contienen producciones de sentido. Esos otros mensajes de piedra deberían permitirnos comprender mejor la relación de las bibliotecas y de la escuela con la cultura popular. De hecho, los incendios y las pedradas dicen tanto de aquellos que lanzan las piedras y los cocteles Molotov como de las escuelas y de las bibliotecas a las cuales se dirigen. Una interpretación cultural del conflicto nos obliga a interrogar las producciones de sentido que se superponen, cohabitan y compiten en el seno del universo popular al igual que tantas memorias apiladas unas sobre otras. A la manera de Roger Chartier (2005), podemos cuestionar la palabra escrita como un lugar de memoria. ¿Cuáles son las memorias inscritas en los libros? ¿No podemos pensar que la heterogeneidad de las clases populares remite también a su capacidad para interpretar el mundo en función de memorias distintas y diferenciadas y que, tal vez, no se comunican entre ellas? ¿Cuáles son los elementos útiles que la memoria popular puede proporcionar a un militante experimentado para la comprensión de las movilizaciones contemporáneas, tal como se encuentra escrita y condensada en lo que nosotros llamamos “memoria obrera”? ¿En qué medida la memoria que se ofrece a través de la palabra escrita permite dar sentido a las conflictividades actuales? Esta memoria ¿no envía algunas producciones hacia el sin-sentido? ¿Qué libro podría ir a buscar en esos estantes un bibliotecario para comprender por qué aquellos individuos a los que él llama “los jóvenes” y a los que intenta ayudar, le lanzan bombas de fuego?

No hemos terminado de explorar esta pista, y no sabemos si será fructífera. Pero estamos seguros de que hay que reconstruir la trayectoria social y política de la clase de los bibliotecarios. ¿Anida en los modos de formación y de reclutamiento de los bibliotecarios una forma de comprensión de los ataques, a través de una radiografía de

los destinatarios de los ataques? ¿Cuál es su relación con los desafíos del poder local? ¿Cuál es el peso de la vocación política en la trayectoria de bibliotecario? Son preguntas abiertas. Lo que sabemos es que la comprensión de la relación social constitutiva de una biblioteca, entre los bibliotecarios y su público (y su no-público), no puede ser entendida solamente a través de un estudio de estos últimos. Tal vez la sociología propone con demasiada frecuencia una radiografía de los “públicos”, de los usos y de las lecturas como único medio de comprender la biblioteca.

Las bibliotecas en el torbellino político

Se podría pensar que las reflexiones aquí presentadas son tributarias de las observaciones realizadas en Seine-Saint-Denis. Que lo que hemos observado en el barrio de Saussaie-Floréal-Courtille sólo vale para Saint-Denis o para el “93”, ese mítico suburbio del norte de París, su política y las memorias movilizadas en ese territorio. No es así. El contexto local tiene evidentemente una singularidad que le es propia. Pero los conflictos que observamos no son más que la expresión local de una problemática que atraviesa toda la sociedad. Hemos observado casos similares en muchos otros suburbios, algunos de cuyos ejemplos citamos al principio respecto a las ciudades de Brest, Lyon o Valence.

Si queremos comprender la relación que existe entre la política de las bibliotecas y las violencias sociales, debemos esforzarnos por entender las dos acciones (la intervención local de los poderes públicos a través de las bibliotecas y las piedras y cocteles Molotov lanzados contra ellas) como partes de un intercambio entre grupos y categorías sociales. Y los mensajes intercambiados revelan, sobre todo, qué es una biblioteca, cómo es percibida, qué representa. Esos mensajes nos hablan (a nosotros, quienes trabajamos en el registro escrito) esencialmente de nuestra posición social y de las consecuencias de nuestro trabajo. Hemos visto que, tanto frente a lo escrito como frente a todo el resto, las posiciones diversas de las clases populares están lejos de ser uniformes. Vemos oposiciones entre los mismos habitantes. Pero escuchamos una voz igualmente potente que nos remite a nuestra propia posición social y que separa a las clases populares de las clases medias. Ella pone de manifiesto también la difícil relación de porciones importantes de las clases populares con el Estado y con instituciones tan sólidas en Francia como

la escuela y su inmenso poder de diferenciación social, como han mostrado los trabajos de Pierre Bourdieu primero y de François Dubet más recientemente.

Una fuerza centrípeta disemina la política del centro a las periferias. Los barrios son investidos como el lugar de lo político. Y de esa inversión de la política en lo local participan tanto las clases populares mismas que se esfuerzan porque su lugar de vida quede excluido del espacio público, y el Estado que quiere controlar el territorio y que invierte crecientes recursos en acceder a esas porciones de las clases populares a través del territorio y no ya del trabajo. Esta fuerza expresa una voluntad explícita de desenclavar el barrio para llevarlo al centro de la actividad política y para recordar que esos territorios también forman parte del espacio público. A través de esta nueva “politicidad” popular (Merklen, 2009) el barrio es investido como territorio del grupo, como lugar de pertenencia, como fuente de identidad y como medio de acceso a recursos variados. Es lo que hemos señalado más arriba, lo que se encuentra en el origen del conflicto entre aquellos que buscan apropiarse del barrio y aquellos buscan “zafar”, “*s’en sortir*”, dejándolo. Pero esta doble voluntad de inscripción del territorio local en el espacio de lo político y de ese mismo territorio como lugar de vida está en la base de una tensión fundamental que atraviesa el universo popular y cuyas víctimas no son solamente las bibliotecas sino las instituciones en general y los habitantes en particular. Por un lado, las clases populares promueven la inscripción territorial del grupo; por otro lado buscan una inscripción en la comunidad de ciudadanos, en tanto que individuos.

Una vez más: ¿en qué espacio se sitúa la biblioteca? En un sentido, su acción se orienta hacia la integración social de los individuos, les permite acceder al “derecho de ciudad y de ciudadanía”, como ha señalado Michèle Petit: *de la bibliothèque au droit de cité* (1997). Pero, en un sentido que no concuerda totalmente con el primero, la acción de las bibliotecas aparece también como un proyecto portador de sentido, como un emblema, un lugar de memoria donde las memorias son clasificadas y calificadas, legitimadas. Es a través de ese doble sentido que la biblioteca integra el universo de las clases populares. No es solamente un proyecto de la República, un proyecto de democratización. Debemos interrogarnos sobre las memorias que ella vehiculiza y representa en tanto que institución cultural. ¿En qué medida esas memorias constituyen un soporte para los habitantes? ¿Para qué habitantes? ¿Para hacer qué? En cierto sentido,

las bibliotecas barriales se aproximan a un espacio público, como un lugar al que cada cual puede otorgar contenidos diversos. Pero en otro sentido, ellas constituyen el emblema de un grupo, su proyecto de transformación social, su soporte material y simbólico. En ese caso, la biblioteca se vuelve objeto de conflicto porque su acción se opone a la acción de otros grupos que se sienten atacados por ella. Nuestras primeras impresiones nos llevan a pensar que incluso cuando se presentan y buscan constituir un espacio público (como en el caso de la mediateca Gulliver), las bibliotecas barriales se encuentran atrapadas en medio de conflictos sociales que las superan y su acción remite al emblema de un grupo social singular.

Bibliografía:

- Althabe, Gérard, « Procès réciproques en HLM », *Urbanisation et enjeux quotidiens*, L'Harmattan, 1993, p. 13-47.
- Bertrand, Anne-Marie, *Les bibliothèques*, La Découverte, 2004 (Repères)
- Bertrand, Anne-Marie et Kupiec, Anne, *Ouvrages et volumes. Architecture et bibliothèques*, Éditions du Cercle de la librairie, 1997.
- Bertrand, Anne-Marie et Burgos, Martine, Poissenot, Claude et Privat, Jean-Marie, *Les bibliothèques municipales et leurs publics. Pratiques ordinaires de la culture*, Bibliothèque publique d'information, 2001.
- Bourdieu, Pierre, « La lecture : une pratique culturelle », Chartier, R., *Pratiques de la lecture*, Payot, 1993.
- Chartier, Roger, *Inscrire et effacer : Culture écrite et littérature (XIe-XVIIIe siècle)*, Gallimard, 2005.
- Douglas, Mary, *De la souillure. Essai sur les notions de pollution et de tabou*, La Découverte, 2001
- Dubet, François, *Le déclin de l'institution*, Seuil, 2002.
- Grignon, Claude et Passeron, J-C : *Le savant et le populaire. Misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*, Paris, Le Seuil, 1989.
- Lahire, Bernard, *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, La Découverte, 2004.
- Le Goaziou, Véronique, *Lecteurs précaires. Des jeunes exclus de la lecture ?*, L'Harmattan, 2006.
- Madec, Annick, *Chronique familiale en quartier impopulaire*, La Découverte, 2002.
- Merklen, Denis, « Paroles de pierre, images de feu. Sur les événements de novembre 2005 », *Mouvements* n° 43, janvier-février 2006a, pp. 131-137.
- Merklen, Denis, *Quartiers populaires, quartiers politiques*, Paris, La Dispute, 2009.
- Pasquier, Dominique, *Cultures lycéennes : La tyrannie de la majorité*, Autrement, 2005.
- Petit, Michel et allii. : *De la bibliothèque au droit de cité. Parcours de jeunes*, Éditions de la Bpi, 1997.
- Tafferant, Nasser : *Le bizness, une économie souterraine*, Puf, 2007.